

CONCIENCIA BREVE

Esta mañana Claudia y yo salimos, como siempre, rumbo a nuestros empleos en el auto que mis padres nos regalaron hace diez años por nuestra boda. A poco sentí un cuerpo extraño junto a los pedales. ¿Una cartera? ¿Un...? De golpe recordé que anoche fui a dejar a María a casa y el besito candoroso de siempre en las mejillas se nos corrió, sin pensarlo, a la unión de los labios, al cuello, a los hombros, a la palanca de cambios, al corset, al asiento reclinable, en fin.

- Estás distraído - me dijo Claudia cuando casi me paso el semáforo. Después siguió murmurando algo, pero yo ya no la atendía. Me sudaban las manos y sentí que el pie desesperadamente quería transmitir el don del tacto a la suela de mi zapato para saber exactamente que era aquello, para aprehenderlo sin que ella notara nada. Finalmente logré pasar el objeto desde el lado del acelerador hasta el lado del embrague. Lo empujé hacia la puerta con el ánimo de abrirla en forma sincronizada para botar eso a la calle. Pese a las maromas que hice, me fue imposible. Decidí entonces distraer a Claudia y tomar aquello con la mano para lanzarlo por la ventana, pero Claudia estaba arrimada a su puerta, prácticamente virada hacía mí. Comencé a desesperar.

Aumenté la velocidad y a poco vi por el retrovisor un carro de la policía. Creí convenientemente acelerar para separarme de la patrulla policial, pues si veían que eso salía por la ventanilla podían imaginarse cualquier cosa.

- ¿Por qué corres? Me inquirió Claudia, al tiempo que se acomodaba de frente como quien empieza a presentir un choque. Vi que la policía quedaba atrás por lo menos con una cuadra. Entonces, aprovechando que entrábamos al redondel, le dije a Claudia: - Saca la mano, que giraré a la derecha.

Mientras lo hizo, tomé el cuerpo extraño: era un zapato leve, de tirillas azules y alto cambrión. Sin pensar dos veces lo tiré por la ventanilla. Bordeé ufano el redondel, sentí ganas de gritar, de bajarme para aplaudirme, para festejar mi hazaña, pero me quedé helado viendo en el retrovisor nuevamente a la policía. Me pareció que se detenían, que recogían el zapato, que me hacían señas.

- ¿Qué te pasa? Me preguntó Claudia con su voz ingenua
- No sé – le dije – esos policías son capaces de todo

Pero el patrullero curvó y yo seguí recto hacia el estacionamiento de la empresa donde trabajaba Claudia.

- ¡Chao, amor! Me dijo Claudia mientras con su piecito juguetón buscaba inútilmente su zapato de tirilla azules.